



Bule var. Mani gua

FERNANDO
NIETO

Capítulo 2

La última vez que la vieron fue la semana pasada en la esquina de siempre. A su alrededor pululaban tipos de toda clase, sedientos de conocer las mieles de su amor, mito de consumo popular en la ciudad. Nadie recordaba cuál fue la primera noche de su arribo al parque. Nadie supo decir quién fue el primero que se atrevió a disfrutar de sus macizas carnes de mujer tropical. Su nombre sólo sugería un exotismo rutinario, Mireya. Alguien quiso presumir de un conocimiento anterior y fue desmentido públicamente una noche de imprevistos azares veraniegos.

Los eruditos, que nunca faltan, fetichizaron su presencia identificándola con La Maga, el adorable personaje de esa novela de Cortázar que en realidad en este pueblo pocos la han leído. Una corte de poetitas y poetastros quiso monopolizarla sin fortuna. Ella prefería a los locos de la noche, a los amanecidos por sobredosis y excesos etílicos, al lumpen en naufragio que nunca pudo dar el golpe maestro. Se iba con los chavos de la calle o con los indígenas que venden su folklor

artesanal en bares y restaurantes a la orilla. Después invitaba con religiosa presunción a lo Madonna en trance de salvamento, refugio y asilo de los desamparados, de las almas en descarrío.

A veces la tristeza era un denso nubarrón y la risa devastadora en sus labios era sólo una mueca amarga. Ni siquiera permitía que se le acercaran para acompañarla de regreso al hogar, como llamaba a su cuarto de hotel. Las chismosas entre blasfemias y escupitajos hilaban posibles causas con una sola conclusión: período menstrual, catastrófico y agobiador.

Desapareció una noche cualquiera. Sus formas envolventes en el aura de su sensualidad ya no se encuentran bajo la farola del parquecillo ni los hombres establecen su guardia en riguroso turno. Durante una semana volvieron para encontrarse con la desdicha de su ausencia. Los chismes corretean con terquedad de niño consentido y los caprichosos informes no son más que el berrinche colectivo de quienes no logran la resignación total. Lo único cierto es que no está.

Los sones jarochos, los boleros, las rancheras, ya no suenan igual. Las cantinas están mustias y las botanas tienen un mal sabor que vuelve más desabridos los limones. Incluso jugar dominó se ha convertido en algo insulso, sin chiste, intrascendente. No se grita con pasión cuando se ahorca la mula de seises ni se discute como si la vida se fuese en la mala jugada que condujo a la desolada derrota. Hasta la brisa no sopla y los postes han oscurecido de golpe. Ni un solo foco se prende.

Poco a poco el café recupera su vocinglera cotidianidad. Las camionetas policiales hacen sus rondas sabiendo de antemano que ya no encontrarán una sola mujer de vida airada, como dicen en la radio. Si hubo alguna vez una mujer que enloqueció al barrio debe haber sido hace mucho pero mucho tiempo. Hoy ha llegado una nueva luz. Nadie supo su nombre. Muy pronto alguien se acercará y le preguntará cuánto y se irán al hotel más cercano para empezar el nuevo mito de una mujer de carnes memorables cuyo nombre, por pura coincidencia, será Mireya y se instalará bajo la farola de la esquina en espera de sus fieles parroquianos.

Te envuelven los recuerdos cuando caminas por el breve malecón de La Puntilla. El cerco de la nostalgia te sitia y comienzas a situar algunas semejanzas. Justo el grupo Niche concluye su nota patrioterica y percibes que has caído en las simas de la soledad. Buscas la carpeta donde los poemas te van a colocar de nuevo en la realidad de la vida, te dices como quien repite la reverberante labia de la cursilería en flor. Lees despacio sin atreverte a poner alguna señal que remarque lo que para ti resulta importante y lees otra vez pero será tarde si persiste tu odiosa cotidianidad en alejarse de mi cuerpo, te sorprende la claridad de su expresión descubrir en nuestra desnudez

el significado que buscamos y el final te agarra desprevenido tan sólo la espesura de tus besos/ la humedad entre mis piernas/ señal de que existo entre tus brazos/ motivo suficiente para sentirnos vivos y dejar que la muerte momentánea nos visite.

Guardas las cuartillas y buscas su foto. La estudias como si se tratara de alguna prueba psicométrica. En realidad, tratas de ubicar algunos indicios que identifiquen tu cuarto, que haga posible reconocer tu cama, el pedazo de librero y la pared manchada por la humedad. Sabes que esa foto no se la vas a mostrar a nadie ni siquiera a ella. Vuelves a dejarla en la carpeta que te sirve de protector de libros y te percatas que la música hace mucho debió concluir. Repites el disco desde Cali pachanguero y te saltas “La negra no quiere” porque su coro te remueve ancestros que van más allá de melancolías y regresiones infantiles, o sea, están más acá del presente, de la vida y la muerte. Y entra de golpe Joe Cocker con “With a little help from my Friends” y ahora sí, te derrota el pasado por el brusco cambio de la divina salsa al militante rock de ya envejecidas luchas generacionales cuando lo único que pedías era otro chance para la paz, repitiendo la consigna de John Lennon. Quieres ser honesto, tratas de contestarte la ridícula pregunta de si después de todo lo vivido se justifica esto que ahora eres, más propiamente, esto que ahora somos. Lo dices y te encuentras rodeado de soledad, hundido en los presagios de fracasos y frustraciones que estos tiempos nada heroicos ni poéticos te endosan como factura por tu pertinaz y angustiada disidencia de los sacros valores sociales, uf. Harto de objetividad, reconoces que la criada de tus tíos siempre tuvo razón, lo único que importa es sacarle provecho a la vida y punto.

79

Sabes que le sacaste punta a la vida, aunque no supiste sacarle vida al provecho. Sabes que si todavía estás sobre el mundo es porque aún esperas que los sueños utópicos se conviertan en verdades, aunque no las llegues a ver. Te llamas al orden porque de nuevo recaes en los lemas ya desplazados hacia las ventoleras del olvido. “High time we went” te deposita en el naufragio de tus mejores atisbos de que la muerte sólo es la coda final de un largo blues que jamás podrás memorizar para tararear a tus nietos que de un día para otro te avisarán que ya crecieron y van al jardín de infantes y que desean conocerte, pero tú, revolcándote en la necia pudrición de tu abandono, esperarás que crezcan más para irlos a ver y no tener que hacerles historias de mejores muertos.

Te quedas con tus discos, con tus libros, con tu empecinada soledad más soledad ahora que ella se ha ido, que la volverás a ver después de sus exámenes, que te ha dejado el aroma de su cuerpo, el olor de su sexo, la tibieza de sus senos, la ternura de sus muslos, el aliento de su boca. La volverás a ver y te alegra el hecho de que todavía no estará podrida, dices y repites porque sabes que eso le agrada y acepta que se lo digas así cuando te refieres a su regla. Y la podrás besar y acariciar y lamer y chupar y, literalmente, mamar cuando llegue y se acueste hacia el lado izquierdo de tu cama

y se ponga encima tuyo y te pregunte si te duele al moverse con la reciedumbre de su juventud que te pertenece, y se sienta y se agita y te sacude el alma que, presumes, dices tenerla en el pene y te sientas y sin querer por un fugaz momento recuerdas la escena de El último tango en París, vuelves a concentrarte mientras tus dedos exploran el clavel de su ano y te reprochas lo cursi de la imagen pero no importa porque recorres sus caderas, tus manos se detienen en los talones y vuelves a recostarte y haces que ella se acueste reteniendo sus manos entre tus manos y entrecortadamente le dices que así querías verla que así querías tenerla que así deseabas poseerla. Vuelve a sentarse con un sacudimiento que anuncia su orgasmo en el preciso instante que los angelitos se te vienen y eyaculas al mismo tiempo sin que deje de maravillarte la coordinación, el adecuado sumirse en esa muerte enana que no los desampara cada vez que te unes a ella y empiezas por besarle la nuca, sus tetas, su ombligo, su vagina, sus rodillas. Ella se recupera y enciende un tabaquín. La miras preferir dejar el cigarro y acurrucarse sobre tu hombro y quedarse dormida como si la vida no fuese más que, te autocitas, que el simple hecho de un hombre y una mujer en procura de un catre.

Los desprevenidos muelles de la nostalgia achican la querencia. Los sitios para pernoctar los tristes desdenes son pocos. Uno busca el lugar más apartado para verter en los rincones su negra desesperanza, escribe a escondidas mientras los brindis por la victoria ensordecen la pus de los recuerdos. Una tras otra pido una cuba campechana puesta. Siempre hay un borrachín a mano que se chupa, textual, el trago con cola mientras doy cuenta del agua mineral. Cada vez llegan más y más parroquianos que se saludan con la doble complicidad de coincidir en la barra y festejar el milagro de ganar un partido después de treinta años. Las damas bailan sobre una mesa, les aplauden pidiéndoles que aligeren su vestimenta. No se puede, dicen, no se puede pero si quieres nos vamos al hotel y pasamos un rato sabroso.

Trato de escribir rápido. Las interrupciones son muchas, las meseras quieren saber qué estoy haciendo. Actos de onanismo, les digo y se quedan peor que antes, estructuralmente pendejas y con vista al mar. Me ven como si estuviera más loco que la puta madre de un político sin feria. Vuelvo a la tierra y les invito a una cerveza o a una cuba. Que no, gracias, que cuando trabajan no les permiten alternar con los clientes. Qué turros, digo y me doy cuenta que sin querer uso una expresión guayaquileña. Qué turros y tarareo lo que suena en la rocola, la fiesta sigue,/ sí, la fiesta sigue./ dura si no se van, entro al remate: se fueron llorando,/ se fueron llorando,/ y se acabó la fiesta,/ se acabó la fiesta y otra vez el paseíto vallenato hace de las suyas con el acordeón y entra tierna, suave y dulce como mujer enamorada, la cumbia con rumores de ron y candela, abanicando silencios y desamores y el vaivén de las caderas y el motín de los

senos que quieren traspasar la limpia blusa de lino y el susurro de los pies levantando tempestades rítmicas mientras las velas retozan en la noche.

Despierto a la realidad. Un conato de bronca por culpa de Fernando Valenzuela concluye con los efusivos brindis porque les partimos la madre a los irlandeses y que vengan ahora los italianos para darles su chile. Me pregunto, si me sales parrandera te va a cortá la tijera,/ te va a cortá la tijera, que me pregunto y caigo en las provocaciones de la soledad, este pedazo de acordeón, ay,/ donde tengo el alma mía, reincido y juro que te extraño, juro que no dejo de pensarte, te hago lugar en el asiento de la ventana porque yo siempre pido el pasillo y trato de ver la película sobre la invasión a Panamá pero pueden más Jimi Hendrix y Janis Joplin, y si acaso no regreso por la tarde/ volveré en la mañanita, reconozco que es cierto que no hay nada que jale más que una buena nalga de mujer, mi santa. Te pienso, te recuerdo, te deseo. A lo mejor fuiste al súper o te quedaste estudiando y me extrañas igual que yo a ti. Debo esperar. Releo ese poema que no es para el taller. Cito uno de tus versos, nostalgia de la playa cuando la ola se destruye.

Alguien canta una canción de Julio Jaramillo. La canta el capitán del ritmo, Daniel Santos. Pido otra cuba campechana y percibo la incoherencia de pedir una Cuba de Campeche. Ni don Juan de la Cabada podía haberlo mejorado en uno de esos raptos constantes de buen humor genial que padecía las veinticuatro horas diarias, sí señor. Y al borrachín de turno le regalo el trago amargo con su cola y me sirvo otro vaso de agua mineral para espantar la sed que la noche cada vez se pone más cachonda y zalamera como alcahueta de quinceañera en trance de rifar su virginidad sin mancha.

Tres tristes guitarreros ofrecen filosóficos boleros para supurar lapsus de amor que ni el más fiero machista arrabalero puede disimular sin que lo delate una lágrima extraviada en la copa rota del fracaso. Ya ni los billares sirven para restituir la varonía del abandono. Nada como el bolero, flor del desconsuelo de ese amor perdido en los laberintos de la desilusión. Sólo el bolero, confidente desentumecedor de la sensibilidad a ras de llanto. Que suelte la primera mentada quien no haya sufrido males por el desamor de una mujer coqueta y traicionera que se burló de nuestros sentimientos y cual calandria abandonó la jaula cuando pudo volar. Los boleros siguen machaconamente perjurando con misoginia que convoca a todos los resentidos por las penas de amor a enarbolar las banderas del desengaño viendo en cada mujer la enemiga a destruir la próxima vez, porque, edipismos aparte, sólo el amor de madre es verdadero y nunca nos abandona como documentan miles de incestuosos boleros hartos de la quejumbre machista que no pudo retener bajo su techo a la dueña de sus sueños más fervientes.

Es hora de cerrar gritan en la barra. Se apuran los últimos brindis. Nadie sabe por qué vino, qué lo trajo con la plástica banderita tricolor para siempre dormida entre escupitajos y aserrines con olor a pinoklín. Las mujeres terminan de hacer cuentas con

el dueño y se ponen de acuerdo con los favorecidos de sus mal que bien administrados bienes carnales. La noche, señoras y señores, la noche no termina. La noche continúa, más allá de esta cantina inmunda que cierra sus puertas, prosigue en un cuartito de hotel de película mexicana con pretensiones de realismo italiano. La noche, siempre, eterna mujer que nos seduce, que nos envuelve en el torbellino de sus muslos ardientes. La noche, nada menos, la noche.

Regreso a casa con la certeza de que no estás, que no estarás. me acompaña tu nombre al abrir el portón. Subo las escaleras y entro a mi cuarto cada vez más triste y solitario sin tu presencia, sin el tabaquín que fumas a medias, sin tu aroma de mujer. No me dejo arrastrar a los naufragios del desasosiego. Escribo el título de una novela de trágico humorismo porque, después de todo, no quiero llegar a radicalizar mi necesidad de ti. Me sé triste, solitario y final. Digo fin de una vez por todas a esta soledad que no me desampara, que no me suelta. Estás tú, cuento contigo. Simple, llanamente, cuento contigo. Contigo.

un corazón desierto una mitad de lágrima una mitad de llanto el escombros de un desvencijado mar que aturde con sus cuentos de piratas la señal hacia un orden desconocido por la muerte te saludo te nombro mi dulce bien amada mi bien mi oculto tesoro la enajenación de mis soledades claroscuro de una alborada ansiosa de besos al filo de la lluvia entre las sábanas con aroma de laureles y tamarindos y sollozos de placer cuando la madrugada asiste al último desplante ah el desplante de la piel sueño de amor al arribo de cobijas de sol para la novia para la virgen para la viuda para la amante atrás los vientos que soplan su mensaje Si alguien te pregunta a la altura de los adioses cuando el ruido de la calle es un eco de saltimbanquis y las ilusionistas del amor juegan su apuesta contra el sueño. Si alguien busca entre la tristeza de tus recuerdos bajo el rumor de piel que brota de tu sombra. Si alguien se conduce de morir sin cerrojos de bondad, debes inaugurar nuevas melancolías para la noche mientras tus amigas aligeran sus ropas y te esperan con la emoción reflejada en sus rostros y te conducen hacia las intimidades de una cama que ya no visitas contradictorio y esta sed de dolor y el audaz trino de canoros canarios dónde se habrá visto tanta fortaleza tanto ritmo en los cansinos pasos de anodinos anadones bajo el vientre de la bienaventuranza te digo que no es posible que se olviden de todas sus promesas si lo firmaron frente a la raza y las etnias de qué horizonte metafórico surgió entre penumbras de inexplicable dulzura Alguien que a lo mejor o peor eres tú se abandona a las utopías de los tálamos sospechosos de fidelidad que tanto te atraen y alzas las manos para rendirte al fuego de una vagina que enmiela tu lengua, que desborda los océanos, que naufraga al ser penetrada por ese horizonte que alguien, a lo mejor o a lo peor eres tú,

dirige contra sus labios en celo. Todo lo apuestas al filo de esa tierra que invita a los besos negros de la felicidad porque tus manos no llegan a mis manos porque tu boca no besa mi boca porque tus muslos no se abren debo supongo solicitar por oficio esa piedad de tu cuerpo para las urgencias de mi carne si nadie ha pedido permiso para cruzar los límites del desamor tal vez en otros tiempos fue costumbre verter rugientes vinos entre lisonjas por la castidad de la doncella que enalteció la santidad familiar que desde muy niña hizo entrever que su calvario son las tentaciones porque jamás llegarían a su alma milagrosa y en eso gol gol gollll gollllll golgollllgollllll El ritmo acelerado mientras la ducha resiste el nuevo desenlace. Apoyas sus manos en el lavabo, acomodas tu cuerpo, ella busca acodarse para que la descubras envuelta en sus aromas de almeja. La obviedad de alguien que con certeza eres tú es el secreto que la seduce, que la registra en el temblor de sus labios verticales. Rozas su cuello. Se desliza hacia el pene para lamerte con una descarga sabia en fugas y regresos. La nombras. La deletreas. Dices su nombre iay de mí! para que no vuelva a irse, para que te acompañe como hoy y no te desampare. Le rezas, oracionas su presencia para que no regrese a la doméstica paz del hogar de sus hijos, de su dominante esposo la patria está de fiesta la patria triunfa la patria es inmortal la patria es trina y catrina chupa mandarina con su madrina en la cantina la patria hijos míos no es un hospital donde yacen los despojos de la historia en términos corteses si alguien imaginó a su héroe favorito igual a las estatuas nunca supo la verdad esa verdad que revelaremos cuando el disfraz caiga de los rostros y podamos vernos sin temor ni rubor a los ojos pero esto ya es sermón de la montaña y la única importante es la chiapaneca que si a eso vamos ni el Olimpo se le compara digo por decir

Fíjese lic que la insultotea todititita la noche, sin darle reposo ni descanso al ánima divagante que por el limbo debe andar atarantada de tanta y tanta mentoteada que le acomoda minuto tras minuto sólo porque no le tiene calientes las tortillas para el refine de la pediza que se pone con los vagos esos de la cantina del sordo infame que diosito santo no se lo lleva y nos deja tranquilos. Porque fíjese lic que la culpa no es de estos pobrecitos chamacos que caen en el vicio sino de ese mardecido hombre del demonio que puso su congol con esas meseras que lo enseñan todo para tenerlos tan apendejados, disculpando la palabra, con sus pantaletas al aire y las chichis tócame pero no me chupes, diosito mío, lo que una ha tenido que vivir para ver todo este degenerere, esta profanación, madrecita del Tepeyac perdóname si te ofendo, pero la neta lic la neta, dónde vamos a parar con tanta modernidad y esos ruidos diabólicos que pasan por la radio y en la tele con esos vestiditos ¡Jesús! mejor ya ni se pongan nada si todo está a la vista. Ay lic pero no se quede ahí a lo menso, perdone la confianza, acérquese que ya mero empieza la lluvia y se le va a mojar hasta el alma si no se pone a resguardo. Como le estaba diciendo, toditas las noches se la pasa mienta que mienta, no sé de dónde saca tanta mentadera y no pasa ni un cinco y otra vez los insultos, no es que sea

Caminé entre los basurales de una ciudad para siempre perdida por el
rencor y la amargura
evadí la hora de pernoctar en los templos para agradecer a unos
desarrapados dioses infernales
hice mis propios códigos para enfrentar la barbarie de una sociedad
que reclamaba la sangre de los débiles
y encontré en las letrinas esa música que abandonaron los abuelos para no re-
cordar nunca más que un día fueron felices
Vuelvo a escuchar las voces de patriarcas que anunciaron el arribo de

Acuario

En realidad el mundo apenas empezaba a cambiar según lo anunció Bob Dylan
durante algún festival para darle una esperanza a la paz
Tanto cambió ¿tanto? que volvemos a canturrear aquellas melodías que
un día presagiaron el nacimiento de una nueva era
Fueron fuegos vanos
La primera turbonada abatió ¿para siempre? el castillo de niebla que
habíamos levantado en la playa
Desde entonces hemos visto cómo se han ido desplomando las utopías que nos
pusieron a bailar bajo la lluvia mientras en los cielos
resonaban los salmos de una guitarra y un bajo eléctricos sincopados con la
vida
Es posible que tengan razón quienes afirman que estos tiempos no
tienen ninguna heroicidad
pero son nuestros tiempos y son los únicos que tendremos para
escuchar cómo crecen los árboles al conjuro de danzas y poemas escritos en las
paredes